

El arte como contraverdad:

Intersecciones entre inteligencia artificial, prácticas artísticas y epistemologías contemporáneas

Art as counter-truth: intersections between artificial intelligence, artistic practices, and contemporary epistemologies

LIVIA DANIEL  0000-0001-7486-8679

New York University, Estados Unidos.

Resumen

Este ensayo analiza la reconfiguración contemporánea del concepto de verdad en un contexto marcado por la inteligencia artificial (IA) y las estructuras neoliberales. Para ello se adopta un enfoque interdisciplinar, combinando teorías críticas como las de Nelson, Wittgenstein, Brown y LaViers, que nos permitan realizar un análisis contemporáneo sobre el impacto de la IA en la sociedad y el arte. Asimismo, se muestran algunas prácticas artísticas que se encaminan en este sentido como las de Stephanie Dinkins o Vladan Joler y Kate Crawford.

La investigación se enfoca en los cambios epistemológicos y culturales provocados por la aceleración digital y el neoliberalismo, observando cómo la verdad es cuestionada en el arte. Los hallazgos nos permiten identificar la conversión de la verdad en un objeto mercantilizado, controlado por las dinámicas neoliberales, con la IA como actor central en este proceso. Se discute el papel del arte como espacio de resistencia frente a la manipulación de la verdad. Finalmente, se aboga por un enfoque ético (digital) de la IA que promueva el pensamiento crítico.

PALABRAS CLAVE: Inteligencia Artificial, Verdad, Feminismo, Arte, Sociedad, Amy LaViers, Stephanie Dinkins.

CÓMO CITAR ESTE TRABAJO / HOW TO CITE THIS PAPER

Daniel, L. (2025). El arte como contraverdad: Intersecciones entre inteligencia artificial, prácticas artísticas y epistemologías contemporáneas. *Umática. Revista sobre Creación y Análisis de la Imagen*, 8. <https://doi.org/10.24310/Umatica.2024.v8i8.21787>

Umática. 2025; 8. <https://doi.org/10.24310/Umatica.2024.v8i8.21787>

Artículo original
Original Article

Correspondencia/
Correspondence
Livia Daniel
ledg82g@nyu.edu

Financiación/Fundings
Sin financiación

Received: 27.04.2025
Accepted: 02.07.2025

Art as counter-truth: intersections between artificial intelligence, artistic practices, and contemporary epistemologies

LIVIA DANIEL

New York University, USA.

Abstract

This essay analyzes the contemporary reconfiguration of the concept of truth in a context marked by artificial intelligence (AI) and neoliberal structures. Its main objective is to explore how these technological and political dynamics transform truth, challenging its traditional definition and affecting its understanding in everyday life and artistic practices. To this end, an interdisciplinary approach is adopted, combining critical theories such as those of Nelson, Wittgenstein, Brown, and LaViers, which allow us to conduct a contemporary analysis of the impact of AI on society and art. Likewise, it showcases some artistic practices that move in this direction, such as those of Stephanie Dinkins or Vladan Joler and Kate Crawford.

The research focuses on the epistemological and cultural changes caused by digital acceleration and neoliberalism, observing how truth is questioned in art. The findings allow us to identify the conversion of truth into a commodified object, controlled by neoliberal dynamics, with AI as a central actor in this process. The role of art as a space of resistance against the manipulation of truth is discussed. Finally, it advocates for an ethical (digital) approach to AI that promotes critical thinking. With this analysis, the aim is to invite reflection in favor of other common alternatives on which to collectively rethink the idea of truth. Other alternatives where values are established from perspectives not subordinated to authoritarianism and hierarchical manifestations of domination.

KEY WORDS: Artificial Intelligence, Truth, Feminism, Art, Society, Amy LaViers, Stephanie Dinkins.

Summary – Sumario

1. Introducción
2. Metodología
3. Verdad, contingencia, fragilidad
4. La no-univocidad de la IA
5. Atención: el momento de la IA
6. Tecnología y control
7. Estrategias de aparición
8. Conclusiones

1. Introducción

El presente estudio surge de la necesidad de reexaminar el concepto de verdad en un contexto donde la aceleración informativa y la fragmentación discursiva, propias de la sociedad "dromocrática" descrita por Virilio (2006), se magnifican con la llegada de la IA. El análisis se presenta desde una mirada artística, si bien la contingencia de la verdad es examinada en general como condición de posibilidad de esa mirada. Nuestro interés por la noción de verdad surge del trabajo con los materiales y sus posibilidades de transformación, dadas su temporalidad y resistencia, asumiendo que en nuestros días la relación entre la práctica de la verdad y la creación artística está atravesada por la irrupción de lo tecnológico en nuestro contexto sociocultural específico. Nuestra investigación se centra fundamentalmente en el establecimiento de un marco conceptual que permita comprender el impacto de los sistemas de inteligencia artificial en nuestra relación con la verdad, explorando sus implicaciones éticas, sociales y relacionadas con la práctica artística.

Proponemos una reflexión sobre los nuevos paradigmas que ha suscitado la evolución y el desarrollo de estas tecnologías en el tiempo presente, así como la réplica a los discursos de captación y neutralidad tecnológica que encubren estrategias de control y segregación.

2. Metodología

Este estudio se fundamenta en un análisis interdisciplinar que integra fuentes teóricas contemporáneas como LaViers, Virilio, Maggie Nelson, Laurie Penny, Wittgenstein y Judith Butler, con pensadores críticos del sistema neoliberal como Wendy Brown y Mark Fisher además de apoyarse en artistas como Felix González Torres, Crawford y Joler y Stephanie Dinkins. La selección de estas fuentes responde a su modo de conectar disciplinas híbridas como el arte y la tecnología, y tiene como objetivo plantear la incidencia de la IA en nuestras prácticas y modos de subjetivación para preguntarse por la articulación de una respuesta que no perpetúe desigualdades estructurales, como procura en efecto ser la desarrollada desde el feminismo. Nuestra investigación dialoga con la filosofía del lenguaje, la crítica social, la teoría feminista y la práctica artística contemporánea, que son convocadas con el fin de captar la complejidad del concepto de verdad en la era digital. La metodología adoptada se centra en un enfoque cualitativo de análisis crítico-discursivo, que contrapone los relatos hegemónicos sobre la IA con otras alternativas que se plantean desde miradas decoloniales y feministas. Desde aquí, se establecen varios núcleos temáticos que ahondan en examinar cómo la verdad opera en sus distintos contextos: como contingencia lingüística, como espacio de orden en la práctica artística, como objeto de instrumentalización política y, finalmente, como lugar de resistencia y creación de estrategias y resistencias alternativas. La investigación dialoga también con las teorías de Jacques Rancière (2004) sobre la distribución de lo sensible, entendiendo de esta forma el arte como práctica que posibilita la reconfigura-

ción de lo visible y lo decible en la sociedad. Asimismo, se incorpora la perspectiva de Susan Sontag (1966) sobre la transparencia artística como forma de acceder a la verdad sin mediaciones interpretativas excesivas.

3. Verdad, contingencia, fragilidad

Parte del problema que representa hablar sobre la verdad tiene su origen en la propia palabra, cuyo significado no termina de ser evidente ni compartido por todos. Así, Maggie Nelson (2021) sugiere que "la libertad funciona como la palabra «Dios», en la medida en que, cuando la utilizamos, nunca sabemos realmente con seguridad si estamos hablando de lo mismo" (p. 45). La relación que Nelson establece, donde «libertad» funciona como «Dios», está apuntando precisamente a la relación que se da en términos que operan como contingencias constitutivas, y que por su carácter pueden ser indeterminadas, según su contexto o su uso siguiendo el modelo de Wittgenstein (1953/2009). En el mismo sentido, podríamos establecer una relación entre los términos «libertad» y «verdad», ambos transitando en lo indeterminado, y en relación con cuyo significado nunca podemos estar seguros de que esté siendo compartido con el otro. Las palabras adquieren su significación precisamente por su utilización en un contexto, su lugar en un hecho. Al margen de las posibilidades que ofrece el uso de «verdad» como concepto indeterminado o ambiguo, hemos de hablar de las cosas, aunque —y sobre todo— tal como lo expresó Oppen (1968), uno ya no esté seguro de las palabras. La verdad es pues un momento o, cuando menos, es lo que emerge en un momento. El uso que hacemos de ella, de la palabra, es una demostración de fe, una petición genuina a un otro que busca situarnos frente a un reflejo, donde la verdad pueda ser, o tener, un sentido compartido. Así ocurre en la práctica artística cuando las formas y los materiales, las ideas y los procesos se transforman en otra cosa y se unen para resistir —al estado de cosas en el arte, a la verdad de este. Esto es, cuando la obra siempre está a punto de ser, pero solo existe en un momento preciso, como la verdad —o como defendemos en este texto que es su duración.

Tomamos entonces la verdad como un momento en el que coinciden dos cuerpos dispuestos a creer en algo común; uno creyendo que lo que dice es verdad y otro queriendo creer que lo dicho es verdad. Teniendo en cuenta, no obstante, que la verdad es algo más amplio que un fenómeno temporal o que una construcción individual o colectiva: es un territorio de ordenación de los hechos. En el arte, esta formulación puede concebirse a partir de la idea de dos cuerpos que se encuentran y resisten a los materiales o se adaptan a ellos, en ese momento preciso de transformación en el que algo pasa a ser otro algo. Un ejercicio entre la contingencia y la permeabilidad al cambio que se establece desde el signifiante. Determinados por el contexto, esos cuerpos quedan expuestos a un diálogo permanente sobre aquello que no puede ser definido universalmente. Su forma está atravesada por tantos segmentos que compartir un único valor resulta improbable. Tal y como ocurre con la palabra «Dios», «verdad» se pronuncia con la esperanza de compartir una idea común aún a sabiendas de que no

se puede probar su creencia de forma homogénea. Su definición es una aproximación, una decisión en la que se elige creer.

En la actualidad, principalmente mediante la narrativa promovida desde el neoliberalismo y su poder de modificar y transformar aceleradamente el significante, tal fragilidad constituye una herramienta de fraccionamiento de la sociedad. El flujo de expansión de estos discursos se ha amplificado en gran medida debido a lo que Paul Virilio estima como tiempo de aceleración. La sociedad 'dromocrática', como define Virilio (1997) a una estructura social dominada por el ritmo y por la lógica de la velocidad, es propicia a estas políticas. Su funcionamiento nos incapacita para mantenernos al día, para establecer pausas dentro de la normalidad, para crear espacio y tiempo donde puedan aparecer el pensamiento y la reflexión. El ciclo invasivo de información diaria está diseñado para mantenernos reaccionando en lugar de pensando. Aquí es útil recordar la reflexión que hace el pensador francés sobre la dirección a la que nos conduce el avasallamiento de información como individuos sociales, limitándonos en la posibilidad de resistencia o comprensión. Se producen en microsegundos decisiones inmediatas, mientras la incapacidad de resistir se interpone en el ritmo al que la realidad se construye, afectando también a la capacidad de entendimiento o pensamiento. La durabilidad de la verdad es determinante en su construcción, habida cuenta de que, si bien antes los poderes se implantaron en el control del espacio, ahora lo hacen en el control del tiempo. La práctica del poder mediante estos activos de aceleración fomenta la reacción colectiva, lugar que resulta idóneo para segmentar e impulsar ideas autoritarias. La facilidad de acceso y la emulsión de contenido constante sin filtro (o casi), sumado a las numerosas metodologías de interés sobre las *fake news*, han cautivado a muchos, pero sobre todo han sembrado el miedo y la duda.

4. La no-univocidad de la IA

Gran parte del conflicto colectivo e individual asociado a estos procesos, la cuestión de cómo los individuos resisten y transgreden, la de cómo los grupos se segregan o son divididos, la de cómo se crea comunión como fuerza de resistencia, tiene lugar precisamente en tanto que respuesta a esta imposición de la narrativa capitalista que ha traducido nuestro tiempo a un valor monetizable. No obstante, los cambios que ha favorecido la llegada de internet son múltiples y no unívocos. La pensadora Amy LaViers (2021) propone un acercamiento a la herramienta de la IA que invita a reflexionar sobre el miedo que históricamente ha acompañado a los fenómenos de cambio que han revolucionado la sociedad. LaViers (2021) explica lo que ha denominado 'the knife method', una teoría sobre el uso de la IA, en la que la equipara a una herramienta común, como podría ser el uso de un cuchillo para untar mantequilla. Si usáramos la IA tal y como usamos un cuchillo para untar mantequilla en nuestras tostadas, es decir, como una herramienta más, no deberíamos temer a la IA ni a su impacto. El problema está, claro, no en la herramienta, sino en su uso, y en la falta de control de los poderes que no recurren a ella como herramienta, sino que imponen el miedo para po-

der ejercer un uso autoritario sobre los demás. De lo que se trata es del tipo de vínculo que establecemos con la herramienta. Si este no está creado a partir de una fuerte relación no deberíamos temerlo. Ahora, si por el contrario este se crea de forma fuerte entonces sí, porque nos conecta con otras problemáticas éticas.

La cuestión conflictiva reside en cómo se asienta el miedo y en cómo aísla el pensamiento, redirigiéndolo al reflejo propio. Como si, siguiendo el símil con que comenzamos, al hablar de «Dios» quisiéramos que el otro pensara en este de manera igual a la nuestra. Wendy Brown (2015) ha estudiado cómo el neoliberalismo ha transformado la relación entre individuo y verdades sociales, tal y como desarrolla en 'Undoing the Demos: Neoliberalism's Stealth Revolution'. La desarticulación de verdades compartidas, o de su presunción establecida, tal como analiza Brown, se centra en la relación que precisamente estas fuerzas de poder han establecido entre verdad y mercado. Por un lado, desde la conversión al producto, y, por otro, mediante la segregación de los espacios en los que las verdades compartidas tenían antes cabida. Esta relación nos sitúa actualmente en una realidad donde hemos normalizado el espacio común como un lugar al que solo se nos invita, o al que solo acudimos, si se trata de asentir y no discutir. Podríamos de esta manera comprender la verdad como aquello que queda cuando no queda nada más a lo que acogernos, cuando no existe otra posibilidad que la justifique. La palabra se usa igualmente para negar su contrario, como para constatar, no pudiendo demostrarse de otra forma que no sea añadiendo: es verdad.

Actualmente, y en gran medida como consecuencia de la sospecha introducida por lo digital, el uso de la verdad, de la palabra «verdad», se ha vuelto más común. Lo cual solo quiere decir que ahora hay una mayor necesidad de justificar el hecho en sí mismo para darle credibilidad. Lo que no ha pasado desapercibido para las políticas neoliberales, que han hecho acopio del impacto y control que supone capturar una palabra. Sobre todo, si pueden hacerlo resignificándolas conceptualmente, como si la verdad o la libertad les fueran propias. Tal y como Brown señala, el neoliberalismo despolitiza términos como «libertad» o «verdad», reduciéndolos a simples estrategias de optimización individual. Hay un interesante vínculo entre la verdad y la libertad. Aunque de formas distintas, ambas consiguen competir en un mismo espacio de interés útil para dichas mecánicas, no estando exentas la una de la otra, dado que, como bien defiende Maggie Nelson, la verdad es un acto de libertad radical. Para ella, igual que para Butler (2002; 2007), la verdad no es estática, es precisamente resultado de su posibilidad de movimiento: un movimiento en la práctica de la libertad, la vulnerabilidad y la transformación constante. Elasticidad que, justamente, será para el neoliberalismo la fuente de transformación de los conceptos como dispositivos de control económico.

En el ensayo 'Undoing the Demos', Brown (2015) sentencia que 'el neoliberalismo desmora la ciudadanía democrática, transformando a cada individuo en un empresario de sí mismo y reduciendo toda actividad humana a un cálculo de inversión y rendimiento competitivo' (p. 22). La libertad se convierte así en una práctica de explotación donde el valor del sujeto se mide únicamente por su capacidad de adaptación al mercado". A lo que podemos añadir la mirada que Remedios Zafra (2017) propone en su ensayo 'El entusiasmo' sobre cómo este

rendimiento competitivo es forzado en los artistas. Es decir, convirtiéndolos en cazadores de lo intelectual o lo económico, pero no supervivientes de ambos. Si bien para Nelson (2021) la vulnerabilidad no es otra cosa que la práctica de libertad y, puesto que la verdad y la libertad se ejercitan en paralelo, podríamos considerar a la vulnerabilidad como un accionador de la verdad. El ensayo de la libertad nos acerca a la verdad sin articular los contornos donde esta se produce, posibilitando su expansión sin delimitar su construcción. Lo cual no ocurre con el sistema que nutre las ideas de selectos depredadores dispuestos a adaptarse al mercado y resignificar haciendo a los demás vulnerables por defecto y no por libertad de acción. El vínculo entre lo intelectual y el capital que se ve diseminado por la necesidad alcanza estadios de ansiedad y precariedad colectivos. A lo que Brown (2023) añade en *Nihilistic Times: Thinking with Max Weber*: "La verdad en el capitalismo tardío ya no es un problema ético o filosófico, sino una mercancía. Los sujetos no buscan comprender, sino rentabilizar. El conocimiento se transforma en un instrumento de poder económico, vaciándose de su potencial crítico y transformador" (p. 78). A lo que sugerimos añadir un elemento fundamental que tiende a olvidársenos: el tiempo. Realmente, con lo que se está traficando es con el tiempo. Cualquier práctica requiere de tiempo, el cual no se puede reponer. Nadie puede comprar más tiempo, pero sí puede comprar el tiempo de otros. Esta transacción deja a los supervivientes exentos de tiempo propio, para pensar, practicar la libertad, o cualquier otra operación que verdaderamente les suponga la participación en el sistema de supervivencia económico.

5. Atención: el momento de la IA

Entre tiempo y uso se interpone la política, afianzando futuros temporales que se sostienen en la captación de palabras útiles y significativas. La libertad, que ha sido sujeto histórico animado por la necesidad de ser libre frente al estado de permanecer cautivo de algo o de alguien, es ahora símbolo del neoliberalismo, que abandera esa necesidad. ¿Libres de qué? Habría que diseccionar primero, como hace Nelson (2021), de qué y quién nos haría libres para empuñar dicha noción de libertad. La singularidad recae sobre cómo se revela y se atiende a la captación de la palabra, y al valor que se le asigna en la repetición de su uso. Un territorio de ordenación gozoso para las políticas neoliberales que transforman palabras en campañas, imágenes, y gritos de guerra que pasan a formar parte de un archivo histórico determinante y constituyente de nuestra realidad.

Un ejemplo claro es Elon Musk, que tras la compra de Twitter ha resignificado el uso de las redes sociales como herramienta captiva tanto de discurso como de masas (Roose, 2023). Su, desde luego, ya no tan invisible campaña pro-Trump, ha conseguido expulsar a un gran segmento de los usuarios que usaban la App antes de su cambio de nombre. El alcance de su red no solo ha favorecido a la toma de poder del presidente, sino que ha servido de alzamiento a otros territorios y, sobre todo, ha contribuido a afianzar un discurso neoliberal. La política ha ocupado, en tanto que administración y captación, también los espacios públicos de lo político, aquellos espacios que no deberían estar diseccionados por una única co-

riente como ha sucedido con Twitter. La plataforma acogió durante más de una década a toda una variedad de usuarios que compartían espacio y conversación pese a la disonancia de opiniones y pensamiento. El problema se enuncia en que la ocupación de estos espacios se ha producido desde los poderes políticos y no desde el pueblo. Recordemos que Twitter sirvió de escenario y altavoz para las mujeres en el arranque del movimiento #metoo que se fundó desde la plataforma, y que fue de suma importancia en el surgimiento de la cuarta ola feminista. Los espacios de seguridad que se habían establecido en la red y que habían tejido redes de apoyo para grupos históricamente discriminados son ahora espacios en los que no nos podemos sentir seguros. Tal y como advirtió Gonzalez Torres (1993): "Pero después de veinte años de discurso feminista y teoría feminista, hemos llegado a comprender que el «simple mirar» no es simplemente mirar sino que la *mirada* está cargada de identidad: género, estatus socioeconómico, raza, orientación sexual... La mirada está investida de muchos otros textos." (p. 35). Antes de internet, Torres nos advertía del adormecimiento y el impacto del contenido informativo en su serie *date-pieces* (*Untitled, 1987*), desde la que criticaba el reduccionismo de los medios y su tendencia a homogeneizar el valor de la información. El acto de cambiar de canal en la TV y que las noticias aparecieran sin relación de contexto o relevancia las reducía a todas a ellas a un estado de neutralidad y banalidad. Esto mismo nos ocurre al hacer scroll: pasamos de una noticia terrorífica a ver un meme, transicionando de estado emocional con la misma velocidad con la que nuestros dedos se deslizan. El ejemplo de Torres y de cómo ese consumo nocturno televisivo servía de catalizador entre la transición de un trabajo a otro (el de camarero y el de artista, ambos al servicio de un otro), no difiere mucho del uso que hacemos actualmente de nuestros terminales móviles. Mirar el móvil en la actualidad, y por lo tanto consumir información o imágenes, es otra forma de relleno temporal o de soporte para el colapso mental al que nos lleva el pluriempleo. Resulta simbólico que la temporalidad aquí sea significativa para entender cómo el tipo de consumo y el tipo de noticias se ha alterado, y en cambio no ha ocurrido con la práctica. En lo que se diría que prácticamente resuena un apunte hecho por Nelson (2021) en su libro sobre la libertad: "Me daba igual lo que escuchara esos lunes por la noche, pero siempre me encantó la sensación de adentrarme en la noche con la mente rebosante de noticias reales e irregulares de cómo pensaban y sentían los que estaban a mí alrededor" (p. 58). Los tiempos ahora no permiten esa práctica pausada y reflexiva sobre la información que se recibe, y tampoco el espacio en el que la información incide es un espacio vacío. El tiempo que se interpone entre nuestra acción y la reacción al contenido es exactamente donde la palabra que resuena se asigna a una resignificación. El mensaje perdura por la falta de tiempo para atender a la investigación en la verdad, que se vuelve sofisticada y privilegio.



González-Torres, F. (1987).
Untitled [Serie date-
pieces]. The Felix González-
Torres Foundation.

Lo que nos lleva precisamente a cuestionar los antecedentes de la IA y el modo en que se han convertido en confidentes y agentes de credibilidad. Por ejemplo, la reconfiguración que Musk ha logrado de Twitter/X ilustra un proceso más amplio del poder informacional en infraestructuras digitales. Esta concentración responde a lo que Gillespie (2010) denomina "*calculated publics*": audiencias erguidas algorítmicamente que ya no responden a comunidades orgánicas de usuarios. Una de las consecuencias de esta fragmentación de la esfera pública digital es el surgimiento de nuevos mediadores epistémicos – entre ellos la IA – que prometen neutralidad y objetividad precisamente en el momento en que las plataformas tradicionales ven amenazada su confianza. Curiosamente, la inteligencia artificial como útil online se ha convertido para una gran mayoría de los usuarios en su oráculo predictivo. Allí se acude también para resolver dudas, inquietudes y miedos. De alguna manera, los modelos de inteligencia artificial se han vuelto lo que eran hace diez años buscadores web como Google o Yahoo, antes de ser un espacio de sospecha y capital virtual. Sobre ello reflexiona Emilio Domenech en el videopodcast de su plataforma WATIF (2023), donde se tratan temas de actualidad de forma veraz. Junto con otros colaboradores, Domenech planteó las diferencias existentes entre las funcionalidades de las inteligencias artificiales. Aunque probablemente Chat Gpt sea la más conocida, existe una gran oferta de tipologías artificiales diseñadas para funciones específicas. Por ejemplo, Claude ha sido creada como asistente analítico; su tipología propone una mayor empatía con el usuario, su forma de narrar y desplegar la información se acerca a la manera en la que un humano lo haría. Lo que lleva a muchos usuarios a entablar conversaciones íntimas donde exponer sus inquietudes, temores u otras cuestiones personales a la espera de una respuesta objetiva y semi-humana que pueda resultarles útil. Sin entrar en las complejidades que surgen al comparar la interacción humano-máquina, especialmente ahora que nos encontramos en un momento de máxima familiaridad con la tecnología, es interesante no perder de vista la relación que creamos con las máquinas y cómo nos comunicamos con ellas. También es porque la problemática se da en cómo asignamos a la inteligencia artificial ese componente de la verdad sobre lo humano. La llegada de IA supone un cambio significativo en la sociedad, principalmente porque estamos ante una nueva posibilidad de analizar el modo en el que queremos convivir con ella antes de que nos imponga y domine nuestra realidad, como ha ocurrido con internet.

Los debates contemporáneos sobre IA se sitúan en un espectro complejo de posiciones que trasciende la dicotomía entre tecnofobia y tecnofilia. Destacan al menos cuatro perspectivas analíticas diferenciadas: el determinismo tecnológico crítico (Bostrom, 2014; Ord, 2020), centrado en la conceptualización de la IA como riesgo existencial que requiere de control anticipatorio. El construccionismo social tecnológico (Noble, 2018; O'Neil, 2016), que propone un análisis sobre la IA como cristalización de relaciones de poder existentes, centrándose en los sesgos sistémicos y pertenecientes al algoritmo. La perspectiva co-evolutiva (Jasanoff, 2004; Latour, 2005), que examina en la IA la co-producción de conocimiento científico y orden social. Y por último, los enfoques cosmotécnicos (Hui, 2016), que cuestionan el universalismo tech occidental y proponen estudios situados culturalmente. Esta diversidad refleja

la complejidad inherente a los procesos de co-evolución sociotécnica, donde la IA no es una fuerza autónoma ni neutral, lo cual permite verificar la magnitud de su potencial y la necesidad de estudio para una correcta participación en la configuración de nuevas herramientas tecnológicas.

El potencial de la IA reside en lo que puede demostrar y no en aquello que puede reemplazar. En *Artificial Intelligence*, May et al.(2018) muestran una serie de estudios en los que se determina como uno de los principales temores el aislamiento social humano que la IA es susceptible de provocar¹. La segunda preocupación resulta ser la destrucción de la humanidad, en relación con la cual otras causas como el impacto en el medio ambiente o en la economía no aparecen como prioritarias. Resulta curioso comprobar cómo se sitúa el miedo en contextos marcados por la aceleración que resulta de la crisis climática, pero donde la preocupación sobre la destrucción humana se sitúa no en lo que hacemos sino en lo que las máquinas pueden reemplazar. Esta preocupación por el reemplazo conecta con los análisis que propone Alva Noë (2023) sobre cómo el arte y la filosofía constituyen aspectos fundamentales de lo que nos hace humanos. Su trabajo sugiere que lo verdaderamente irremplazable son precisamente los procesos creativos y reflexivos, y no las funciones específicas.

La inteligencia humana nos permite reflexionar sobre la noción de presencia o el sentido propio de existencia, y sin embargo nos ha paralizado en nuestro intento de encontrar valor en compañía de la ambigüedad. A diferencia de los humanos, la inteligencia artificial no depende de determinar el valor de su existencia. Este no reside en entender por qué existe. Cómo reaccionamos a una forma de inteligencia que no necesita descubrir el sentido de su existencia quizá nos permita pensar en la capacidad de potencial que tiene esta idea para simplemente existir. En este sentido, investigadores como Subhash Kak han argumentado que la conciencia subjetiva posee propiedades no computables, lo que plantea límites fundamentales para replicarla en máquinas (Kak, 2020). Esta mirada contrasta con las narrativas tecnológicas dominantes que asumen eventualmente replicabilidad total de la cognición humana, sugiriendo en cambio que existe un residuo irreducible en la experiencia consciente que escapa a la formalización algorítmica.

La inteligencia artificial requiere de nuestra especial atención. No tanto por las capacidades que es capaz de desarrollar, sino por suponer la implementación de una nueva herramienta, que como ya hemos experimentado anteriormente modificará la realidad en la que operamos como seres inteligentes. Ante ella, debemos centrar nuestra atención en lo que Pinch y Bijker (1984) denominan "*flexibilidad interpretativa*": la capacidad de diferentes grupos sociales para asignar diversos significados a la misma tecnología. Esta pluralidad interpretativa no es un defecto, sino una característica constitutiva de los procesos de estabilización sociotécnica que requiere precisamente análisis situados y contextualmente específicos. Nos encontramos frente a una nueva oportunidad, y como toda oportunidad pre-

1. Muestra una serie de estudios en personas de entre 25 y 34 años —basado en demografías de hombres blancos con ingresos elevados y que afirmaban tener un conocimiento sobre la IA de aproximadamente 5 sobre 10—.

senta incontrolables posibilidades. En todos estos debates que ha generado en los últimos años el crecimiento de la IA y su implementación en la cotidianidad, siempre se contempla desde dos extremos: la visión de aquellos que asumen la IA como un peligro y la de aquellos que apoyan su desarrollo. Como señala Turkle (2011) en 'Alone Together', en lo tecnológico no existen términos medios. De hecho, la ausencia de términos medios en lo tecnológico nos invita a reflexionar sobre cómo se construyen esas polarizaciones aparentemente inevitables. O, dicho de otro modo, y como sugiere Andrew Feenberg (1991) en su estudio crítico de la tecnología, la cuestión no reside en aceptar o rechazar la IA, sino democratizar los procesos de desarrollo y apropiación social. Para ello habría que aplicar lo que Bijker (1992) denomina "simetría" aplicando el análisis con igual rigor tanto los factores técnicos como los sociales que dan forma a las trayectorias tecnológicas.

6. Tecnología y control

El actual discurso dirigido a la construcción de narrativas sobre los riesgos asociados a la inteligencia artificial parece determinado desde estructuras históricas de control social. Es decir, desde la instrumentalización del miedo colectivo, un activo usado históricamente para contener las resistencias que se crean en los grupos sociales que se rebelan ante los poderes. Siguiendo los parámetros de pensamiento de Foucault (1975/1995), podríamos establecer que el miedo funciona como dispositivo de poder ajustando y moldeando los comportamientos sociales y la configuración de las subjetividades. Los sistemas que se están usando en la actualidad como catalizadores resuenan con las estructuras previas de represión, como si la historia se estuviera repitiendo, solo que adaptada a los cambios tecnológicos del contexto actual. Las herramientas de amplificación mediática, desde la cobertura mediática otorgada a noticias y portavoces sensacionalistas hasta la compra de una red social para uso político, han sido usadas al servicio del imperialismo como instrumento de dominación y control social. Sobre esta angosta relación se basa *Calculating the Empires*, obra de Crawford y Joler (2023), que mediante una cartografía de 24 metros deconstruye, a través del arte, la genealogía de la relación entre la tecnología y el poder. En esta nueva fase a la que estamos entrando, o en la que ya hemos entrado pero aún no lo sabemos, corremos un riesgo del que se nos viene advirtiendo, sobre todo en democracias como las de España donde mucho de los servicios sociales aún no se han privatizado —lo que no quiere decir que no se hayan visto desfavorecidos o alterados. Los riesgos recaen en que desde lo privado se puede ejercer otro tipo de poder, un poder que no atiende a la realidad común, sino a un tipo de verdad que se impone como sumisión. Por ejemplo, volviendo a LaViers (2021), para quien la IA opera como una herramienta más, esta podría ser empleada por los gobiernos de un modo diferente a como lo hacen. Es decir, estableciendo relaciones público/privadas de financiación en las que se contribuye a la creación de puestos de investigación para el desarrollo y mejora de las IA, y a su vez esas mejoras son implementadas en sistemas de defensa y segu-



Vista de la exposición
«Calculating Empires».
Osservatorio
Fondazione
Prada, Milán.
Foto:
Piercarlo Quecchia
– DSL Studio / @
piercarloquecchia
– @dsl__studio
Cortesía:
Fondazione Prada

ridad, como ocurre en el caso particular de Estados Unidos (Ashford, 2024). Esta operación ha ocurrido con anterioridad, y de hecho gran parte de los avances financiados desde estos fondos se exponen a ser destinados a fines gubernamentales desconocidos. Se muestra aquí una relación bastante particular, que explica cómo funciona el sistema actual de necesidad y ansiedad colectiva en el que se aceptan roles y puestos de responsabilidad, que pueden ir destinados a políticas opuestas a nuestras creencias pero que constituyen las únicas vías para alcanzar los objetivos profesionales. Lo que, sumado a la aceleración social y la falta de consistencia y tiempo para la reflexión o el pensamiento crítico, afina más la puntería de sistemas autoritarios a los que ceder el control.

En 2019 se publicaba el ensayo sobre la epidemia de la ansiedad generalizada de Olivia Sudjic, en el que ya señalaba cómo «con la postverdad, todo es personal: desde las noticias falsas hasta la autoficción; la realidad depende de la perspectiva, de quién escucha y quién está hablando. En este lugar de relativismo absoluto, la voz narrativa se convierte en su propia trama» (Sudjic, 2019, p. 73). La forma en la que estos sistemas están favoreciendo la construcción de una verdad única tiene menos que ver con su consistencia como unidad que con la narrativa sobre la que se asienta como portavoz exclusiva. Es decir, tener la verdad significa algo en un mundo carente de certezas. Atribuir una verdad común afianza las relaciones entre los colectivos y los grupos que necesitan, como condición humana, relacionarse y reflejarse en el otro para corroborar su existencia. No obstante, a lo que nos estamos enfrentando es a una crisis de la verdad, en la que la inteligencia artificial está cobrando mayor credibilidad que la humana. Quizá es momento de reflexionar sobre cómo hemos llegado hasta aquí, y sobre qué es aquello que verdaderamente hay que temer.

Muchas de estas políticas, y otros segmentos de poder que operan en las esferas socio-culturales y económicas, se han volcado en constatar el riesgo de la IA, pero no en el riesgo que asociado a la capacidad humana de utilizar las IA. La construcción social del miedo, particularmente a la IA, no solo se da en el segmento discursivo, sino que se concreta en políticas determinadas y marcos regulatorios, que bajo la presunción de seguridad, acaban limitando el acceso a la información, la educación en tecnología y el acceso democrático. El miedo acapara el espacio, cediendo a la palabra que se impone sobre la conversación, sobre la capacidad de discusión a la que se nos dirige solo a espacios de corroboración y pensamiento unificado. Es por ello pertinente reflexionar sobre cómo estos mecanismos de control que se presentan desde el miedo son, en realidad, formas de interés económico y político. Y hacerlo desde la consideración de las estructuras que subyacen a estas narrativas sistémicas, que resultan ser las primeras interesadas en que la IA sea un útil para el beneficio de su seguridad y privacidad, pero no para bienes sociales e individuales.

Por ejemplo, en el contexto educativo contemporáneo ha surgido una ferviente preocupación sobre el desarrollo de pensamiento crítico en las nuevas generaciones de alumnos. Se ha asentado un miedo que se impone a una realidad ambigua, donde el desafío recae en la exigencia de atención a personas que han nacido en un mundo acelerado. Su desarrollo como individuos está sometido a la imposición de una realidad sostenida en la dispersión cognitiva.

Y, sin embargo, se espera de ellos una atención natural y un comportamiento que no pertenece a la realidad en la que existen. Tradición y vanguardia se ven así sujetas a una resignificación desde los valores sociales que se imponen, en los que se debe buscar un nexo común que apruebe ambas realidades. El paradigma de la contradicción se refleja en lo que Mark Fisher asumió como tensiones inherentes del capitalismo, aquellos mecanismos de iniciación que se transformaban en privilegio, siendo la atención uno de estos beneficios. Fisher observa que uno de estos elementos se produce a través de la sobrecarga de información y la saturación de sensaciones nos dirigen a una nueva forma de pasividad y no a una mayor autonomía, dónde la capacidad de mantener la atención y desarrollar el pensamiento reflexivo son un privilegio de clase. Como señala el propio Fisher: "La otra explicación del vínculo entre capitalismo tardío y retrospectión se centra en la producción. A pesar de toda la retórica de la novedad y la innovación, el capitalismo neoliberal ha privado gradual pero sistemáticamente a los artistas de los recursos necesarios para producir lo nuevo" (Fisher, 2018, p. 27).

Cualquier mecanismo que sirva de instrumento para infundir miedo, o para privar, en la sociedad es contraproducente para los individuos y generalmente beneficioso para los dirigentes. Y, sin embargo, hay un claro deseo por aposentarse sobre la tecnología y las inteligencias artificiales. En lugar de demonizarlas, resultaría quizá más productivo, si es que productivo es una palabra que puede usarse libre de carga, facilitar y promover la comprensión de su uso, sus mecanismos, sus limitaciones, y de otras fuentes potenciales. Dado que el terreno que surge de la reacción al miedo permite sembrar otras formas de dominación, es en este espacio donde hay que poner especial atención. No nos encontramos ya hoy en un territorio de novedad e incompreensión, sabemos leer internet y lo que el uso de la red y la tecnología implica. Recientes estudios publicados en *The World Magazine* cuantifican el impacto que tienen en el planeta: un chat con ChatGpt de entre cinco y cincuenta palabras supone un gasto de 500 ml de agua, los centros de datos de Microsoft en USA utilizaron más de 700.000 litros de agua que se evaporaron para entrenar al modelo GPT-3, o el coste de agua de Google superó los 6 mil millones de galones en 2023 (Smith, 2024). Basta con imaginar que este es el daño que causa en el planeta, cuánto recae sobre nuestros cuerpos sin que podamos reconocer el impacto a largo plazo. Si bien el peso no tiene que recaer siempre en la exigencia hacia el individuo, sino principalmente hacia las grandes multinacionales y entidades gubernamentales que poseen el control mayoritario. Y a partir de ahí, educar a la sociedad, y facilitarle herramientas y recursos para operar adecuadamente en colaboración con estas formas de sostenibilidad y mejora. El uso que hacemos de la tecnología tampoco es neutral.

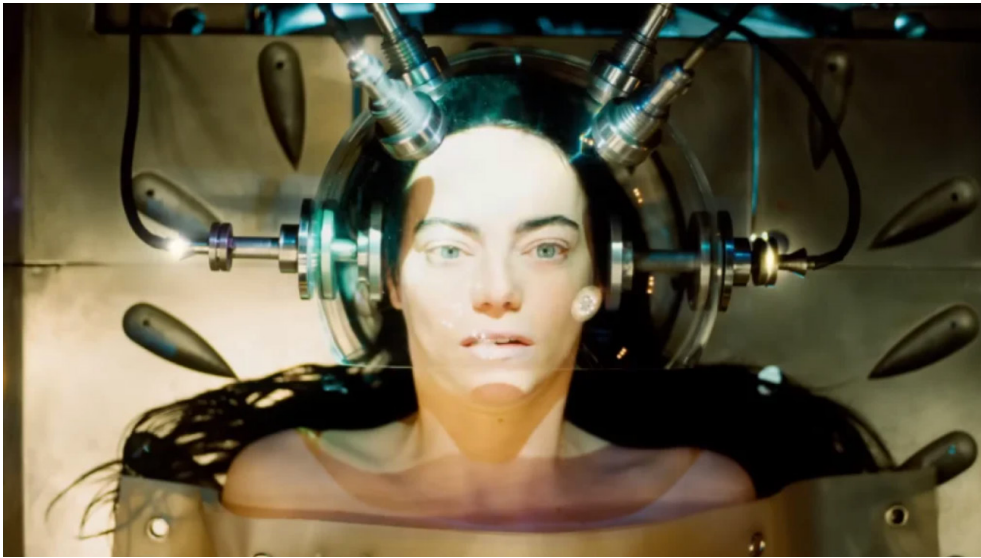
A esta causa se le suma la particularidad del contexto actual de hipersaturación laboral y productividad, donde la exigencia es una constante en cualquier segmento de nuestra entidad. Toda la responsabilidad recae sobre el individuo al que se le pide constantemente que sea mejor. Esta forma de abuso que opera asentando unos estándares inalcanzables y que además no están siquiera definidos, no es más que el reflejo de un sistema al borde del colapso. Como argumenta Nelson (2021), la identidad contemporánea se ha limitado a su reduccionismo laboral, revelando la supremacía neoliberal que premia la productividad sobre

cualquier otra cualidad del ser. Impidiendo que la identidad se desarrolle libremente, esta subordinación de la identidad propia bajo lo laboral refleja las contradicciones propias de un sistema que exige simultáneamente la eficiencia extrema y es punitiva sobre el uso de herramientas facilitadoras para alcanzarla. La coexistencia de estos valores punitivos se traslada también a cualquier otro ámbito propio de la individualidad y lo colectivo, promoviendo irresponsablemente valores inalcanzables y faltos de verdad. Lo que no significa sino que son ajenos a toda posibilidad de crítica y a toda elección.

7. Estrategias de aparición

la falta de presencia femenina y de colectivos históricamente discriminados, principalmente de mujeres, en el marco tecnológico no es un secreto. Es precisamente este uno de los pocos espacios en los que lo masculino predomina, ensalzándose como territorio de hombres. Penny (2016), en su ensayo *De esto no se habla: Sexo, Mentiras y Revolución*, habla extensamente acerca de cuáles son los principales motivos que hacen de esta esfera un campo dominado por los hombres blancos. La voz masculina se impone en las esferas digitales. Lo tecnológico, que está integrado en nuestra convivencia diaria, ha sido creado y diseñado mayoritariamente por hombres, y responde a la reverberación de su pensamiento y privilegio de acción. No es solo que el uso que hacemos de internet y del resto de dispositivos no es neutral, es que de una u otra forma causa impacto en nosotros. Sobre esta relación entre ética y arte, resulta relevante considerar el trabajo de Zylinska (2023) donde se examina la Inteligencia artificial como fuerza de impacto en el vínculo entre ética y arte (pp. 173-190). Este diálogo explora cómo la llegada de internet y, más recientemente, de la IA, ha cuestionado las fronteras tradicionales entre la creatividad humana y la generada por máquinas. Se plantea que el desarrollo del lenguaje digital y las capacidades de la IA constituyen un ejemplo revelador de cómo las máquinas pueden ahora desempeñar prácticas artísticas, dado que históricamente habían sido consideradas exclusivamente humanas.

Esta perspectiva no se aleja de lo que Amy LaViers señala acerca del "knife method" en referencia a la IA como herramienta, al establecer a la máquina como un útil para la práctica artística. Además, en un estudio reciente junto a Kate Ladenheim (Ladenheim & LaViers, 2021, p. 1), LaViers ha analizado cómo se reproduce esta relación herramienta-cuerpo en el arte, principalmente en la performance, mediante el uso de la máquina. Desde un prisma de género, ellas estudian el vínculo resultante entre cuerpo femenino y herramienta simbólica. Partiendo de que los instrumentos empleados en la práctica artística han sido históricamente "otros" a aquellos empleados por hombres, sostienen que, a medida que estas herramientas crecen en complejidad y se desarrollan a través de una especialización creciente, adquieren un nuevo nivel de extrañeza. Esta forma de extrañamiento que se adquiere está al alcance del lenguaje, la información, la forma de comunicarnos y de relacionarnos con la tecnología y con los otros cambios de percepción. Particularmente en la operación de control apoyada en estas estructuras, más evidente que nunca tras la compra de Twitter, al servicio



Lanthimos, Y.
(Director). (2023).
Poor Things
[Fotograma de
película]. Element
Pictures; Film4; TSG
Entertainment.

del neoliberalismo. Gran parte de esta campaña se ha infundado desde el miedo, tomando el poder y el pasado por bandera. Ya en la mitología de la antigua Grecia, se atribuía una compleja red de narrativas a realidades utópicas tecnológicas y, específicamente, al anhelo masculino de replicar la capacidad procreadora femenina. Este fenómeno se muestra de manera significativa en el mito de Galatea, cuyo relato ha sido reinterpretado a través de diversos campos culturales hasta la contemporaneidad, como la reciente película de Lanthimos (2023) 'Poor Things'. Tal y como argumenta Haraway (1985/1991) en 'A Cyborg Manifesto', la IA podría resultar un deseo propio (masculino) sujeto a la necesidad por alcanzar la creación de vida, aunque ésta sea artificial. Resulta paradójica la recurrencia de construir entidades artificiales que emulan la condición humana, como si el hecho de atribuirles capacidades similares las humanizara. Lo cual plantea una doble mimesis: por un lado, la imitación de lo humano en sistemas artificiales y, por otro, la simulación del acto mismo de la creación vital.

Para lograr una información precisa en las interacciones con la IA, estas deben estar sujetas a unas directrices determinadas, o de lo contrario el sesgo se revela. Esto ocurre principalmente porque la historia y los datos están sujetos a una mirada hegemónica masculina. Resulta pertinente plantear una reflexión sobre otras narrativas tecnológicas posibles, donde el curso de los avances hubiera sido otro si estos hubieran sido conceptualizados y materializados por mujeres (tanto cisgénero como transgénero), individuos no binarios y otros sujetos tradicionalmente excluidos de las estructuras de poder tecnocientíficas. La posibilidad de imaginar una realidad tecnológica en la que los avances se hubieran desarrollado al margen del planteamiento contra-hegemónico propone la capacidad de reflexionar sobre la información que recibimos y sobre cómo se constituye su veracidad. O más bien sobre de dónde proviene y qué verdad incluye. Una alternativa a estos modelos actuales es lo que la artista Stephanie Dinkins (2022) plantea, quien aboga por la construcción de sistemas inteligentes centrados en la necesidad de representación diversa e inclusiva.

Desde la práctica artística y la investigación académica, Dinkins cuestiona las estructuras de poder establecidas y subyacentes al desarrollo tecnológico actual, centrándose particularmente en el campo de la Inteligencia Artificial. A través de sus proyectos, ofrece otras alternativas equitativas a las ya integradas inteligencias y sistemas artificiales. Alegando que estas se establecen sobre la reproducción de roles de género, clase y raza acordes a los privilegios de aquellos que las diseñan y desarrollan. Enfatizando que este es uno de los motivos por los cuales los sistemas inteligentes y tecnológicos no son neutros. Sus propuestas se despliegan reformando estos valores de convivencia actual, aportando otros enfoques diversos y centrados en revelar de los márgenes los relatos que han sido históricamente marginados. En "Not The Only One" (Dinkins, s.f.-a), Dinkins se sirve de su propio archivo familiar, conocimientos personales y experienciales y lo combina con el relato de otras mujeres afroamericanas para desarrollar una memoria multigeneracional en formato de IA. Propone así una perspectiva que integre experiencias y saberes de comunidades tradicionalmente marginadas en el espacio tecnológico con el fin de subvertirlo. Para Dinkins, la verdadera innovación radica en desafiar estos modelos de desarrollo tecnológico basados en modelos hegemónicos y reconducirlos a dar forma, voz y oportunidad a otros relatos, no en perpetuar desigualdades estructurales. El trabajo de Dinkins no solo habla de los márgenes, sino que se inmiscuye en ellos acercando la información al público, como ocurre en "AI.Assembly" (Dinkins, s.f.-b) o "Project al-Khwarizmi (PAK)" (Dinkins, s.f.-c), donde usa el diálogo, el arte y la estética para explicar y ayudar a los ciudadanos a comprender el funcionamiento del algoritmo y los sistemas de IA que aparecen en su uso cotidiano.

Stephanie Dinkins,
Not The Only One,
[s.f.-a]. Cortesía de
[seattletimes.com]



En esta esfera digital todo es una elección, no hay neutralidad posible, aunque su mecanismo se haya afianzado a la simpleza de un click. La neutralidad en sí misma es una elección, pero también un invento contemporáneo. La posibilidad de creer que una puede no posicionarse es otra forma de control. Como argumenta Adichie (2014) en 'We Should All Be Feminists', decir que uno es neutral ante un conflicto social o político es igual a confesar que no se tiene el valor suficiente para posicionarse (p. 41). El cansancio acumulado empieza a ser visible, y quizá hayamos llegado al punto álgido del péndulo y necesitamos regresar a una frecuencia más calmada y menos radical. No solo es visible en las generaciones más jóvenes, como GenZ o Alfa, que se relacionan de manera distinta con la tecnología pero que carecen de memoria anterior a un mundo no digital; también se está estableciendo un cambio de parámetros en el resto de generaciones, como si ahora tuviéramos conocimiento de causa y pudiéramos elegir de verdad cuál es nuestra relación con la red.

Como ha ocurrido con casi cualquier territorio, su posibilidad de valor se ha resignificado, hemos capitalizado todo, incluso el tiempo —que no es siquiera un valor determinado o el deseo —no ese deseo primitivo en el que pensamos cuando la noción aparece, sino el deseo recordado, ese que es más próximo a la docilidad del anhelo que a la agresión feroz sobre lo que se desea. Hemos invadido la naturaleza para verla más cerca, nos hemos acercado tanto al mar que casi podemos cocinar en el agua. Todo lo que está sujeto a la posibilidad de comercio se ha vuelto capital. Incluso nuestros ojos, como apunta Zafra (2017). Era pues de esperar que en internet ocurriera lo mismo, y que su espacio, aunque intangible, se volviera mercantilizable. Propiciando que gran parte del mundo digital se esté convirtiendo en su opuesto: las plataformas de redes sociales favorecen a que tengamos una vida social menos social; las aplicaciones de citas invitan a más y más citas y menos amor; y cualquier información a que dudemos de ella, de si su veracidad depende de quién le paga por ello.

8. Conclusiones

En este estudio se recoge el valor de la verdad aplicada a la práctica artística como un mecanismo que sirve para comprender cómo dos cuerpos reaccionan a su forma de identificación en el arte. Es decir, cómo la obra y los materiales que se usan pertenecen a su contexto y época y la relación que esto tiene con teorías afines a la verdad como la de Rancière (2004) sobre la distribución de lo sensible y cómo el arte puede reconfigurar lo que es visible y decible en una sociedad. Además de asumir y estructurar la verdad como un componente artístico; una ordenación que se reproduce en el proceso artístico para definir la obra. Transformando y aproximando el lenguaje al público, desde el cuestionamiento de problemáticas actuales a las que nos enfrentamos como sociedad. Lo que Sontag (1966) asume como un sistema de transparencia propio del arte desde el rechazo a la interpretación como forma de acceder a la verdad artística. Las creaciones artísticas analizadas desde las *date-piece* de González-Torres hasta los proyectos de IA de Dikins revelan estrategias concretas de resistencia que favorecen al desarrollo de respuestas no reproductoras de desigualdades estructurales.

La interacción con la Inteligencia Artificial presenta una dimensión discursiva nueva. La discusión se establece sobre los paradigmas que someten a las estructuras narrativas a ser predominantes en modelos únicos y hegemónicos. Excluyendo por imposición acelerada cualquier alternativa que atienda a la pausa, la reflexión o la crítica. Adormeciendo y modelando el pensamiento crítico individual y colectivo, allanando el territorio a las nuevas políticas neoliberales que amenazan con instaurarse en todos los segmentos donde la identidad individual existe. Impidiendo la extensión de diversidad y pluralidad cuando la velocidad de imposición global se centra en segmentar y atribuir valor a lo igual por su capacidad de incisión en la masa. La naturaleza misma de la verdad se ve cuestionada por la falta de legitimidad del imperialismo sociocultural y ahora también tecnológico.

Así es como se revelan las contradicciones inherentes a un sistema que demanda de manera constante el beneficio propio a cualquier coste, en pro del beneficio y no de la mejora. La crisis global que no solo se refleja en la tecnología y en la interacción con ellas, sino al cansancio acumulativo de la sobre exposición, sobre expresión del yo, mientras los opuestos siguen oprimiendo y cortando cualquier posibilidad de libertad y verdad. Vale la pena atender al mundo reflexionando sobre la necesidad de repensar nuestra relación con la tecnología y la verdad en un contexto de agotamiento social y sobreexposición digital.

Referencias

- Adichie, C. N. (2014). *We Should All Be Feminists*. Fourth Estate. <https://doi.org/10.4324/9781003460978-22>
- Ashford, G. (2024, 8 de enero). AI investments grow in New York under Hochul administration. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/2024/01/08/nyregion/ai-new-york-hochul.html>
- Bijker, W. E. (1995). *Of bicycles, bakelites, and bulbs: Toward a theory of sociotechnical change*. MIT Press.
- Bijker, W. E., Hughes, T. P., & Pinch, T. J. (Eds.). (1987). *The social construction of technological systems: New directions in the sociology and history of technology*. MIT Press.
- Bijker, W. E., & Law, J. (Eds.). (1992). *Shaping technology/building society: Studies in sociotechnical change*. MIT Press.
- Bostrom, N. (2014). *Superintelligence: Paths, dangers, strategies*. Oxford University Press.
- Breslin, D. (2018). *A formal problem: On 'Untitled' (A Portrait)* by Felix Gonzalez-Torres. En Felix Gonzalez-Torres (pp. 34–45). David Zwirner Books.
- Brown, W. (2015). *Undoing the Demos: Neoliberalism's Stealth Revolution*. Zone Books. <https://doi.org/10.21061/spectra.v7i1.128>.
- Brown, W. (2023). *Nihilistic Times: Thinking with Max Weber*. Harvard University Press. <https://doi.org/10.4159/9780674293274>
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan: Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"* (A. Bixio, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 1993)
- Butler, J. (2007). *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad* (M. A. Muñoz, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 1990)

- Callon, M. (1986). Some elements of a sociology of translation: Domestication of the scallops and the fishermen of St Brieuc Bay. *The Sociological Review*, 32(1), 196–233.
- Crawford, K. & Joler, V. (2023). *Calculating the Empires* [Instalación artística].
- Dinkins, S. (s.f.). Stephanie Dinkins Studio. Recuperado el [26/03/2025] de <https://www.stephaniedinkins.com>
- Dinkins, S. (s.f.-a). Not The Only One (N'TOO). En Stephanie Dinkins Studio. Recuperado el [26/03/2025] de <https://www.stephaniedinkins.com/ntoo.html>
- Dinkins, S. (s.f.-b). AI.Assembly. En Stephanie Dinkins Studio. Recuperado el [26/03/2025] de <https://www.stephaniedinkins.com/ai-assembly.html>
- Dinkins, S. (s.f.-c). Project al-Khwarizmi (PAK). En Stephanie Dinkins Studio. Recuperado el [26/03/2025] de <https://www.stephaniedinkins.com/project-al-khwarizmi.html>
- Fernández, L. (2025, 8 de febrero). De Gutenberg a Elon Musk: historia, poder y tecnología. *El País Babelia*. <https://elpais.com/babelia/2025-02-08/de-gutenberg-a-elon-musk-historia-poder-y-tecnologia.html>
- Feenberg, A. (1991). *Critical theory of technology*. Oxford University Press.
- Fisher, M. (2009). *Capitalist Realism: Is There No Alternative?*. Zero Books. <https://doi.org/10.1177/08969205100360061103>
- Fisher, M. (2018). Los fantasmas de mi vida: Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos (F. López Martín, Trad.). Caja Negra Editora.
- Gillespie, T. (2010). The politics of 'platforms'. *New Media & Society*, 12(3), 347–364. <https://doi.org/10.1177/1461444809342738>
- González-Torres, F. (1987). *Untitled* [Serie date-pieces]
- Haraway, D. (1991). A Cyborg Manifesto: Science, Technology, and Socialist-Feminism in the Late Twentieth Century. En *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature* (pp. 149–181). Routledge. (Obra original publicada en 1985). <https://doi.org/10.4324/9780203873106>
- Hui, Y. (2016). *On the existence of digital objects*. University of Minnesota Press.
- Jasanoff, S. (2004). *States of knowledge: The co-production of science and the social order*. Routledge.
- Kak, S. (2020). *The nature of physical reality, consciousness, and free will*. *NeuroQuantology*, 18(8), 1–8. <https://doi.org/10.14704/nq.2020.18.8.NQ20180>
- Ladenheim, K., & LaViers, A. (2021). *Babyface: Performance and Installation Art Exploring the Feminine Ideal in Gendered Machines*. *Frontiers in Robotics and AI*, 8, 645956. <https://doi.org/10.3389/frobt.2021.645956>
- Lanthimos, Y. (Director). (2023). *Poor Things*. [Película]
- Latour, B. (2005). *Reassembling the social: An introduction to actor-network-theory*. Oxford University Press.
- Law, J. (2004). *After method: Mess in social science research*. Routledge.
- May, K., et al. (Eds.). (2018). *Artificial Intelligence*. CLOG.
- Nelson, M. (2021). *On Freedom: Four Songs of Care and Constraint*. Graywolf Press.
- Noble, S. U. (2018). *Algorithms of oppression: How search engines reinforce racism*. NYU Press.
- Noë, A. (2023). *The entanglement: How art and philosophy make us what we are*. Princeton University Press.
- O'Neil, C. (2016). *Weapons of math destruction: How big data increases inequality and threatens democracy*. Crown.
- Umática. 2025; 8. <https://doi.org/10.24310/Umatica.2024.v8i8.21787>

- Oppen, G. (1968). *Of being numerous*. New Directions
- Ord, T. (2020). *The precipice: Existential risk and the future of humanity*. Hachette Books.
- Oudshoorn, N., & Pinch, T. (Eds.). (2003). *How users matter: The co-construction of users and technology*. MIT Press.
- Penny, L. (2016). *De esto no se habla: Sexo, Mentiras y Revolución*. Continta me tienes.
- Pinch, T. J., & Bijker, W. E. (1984). The social construction of facts and artefacts: Or how the sociology of science and the sociology of technology might benefit each other. *Social Studies of Science*, 14(3), 399-441. <https://doi.org/10.1177/030631284014003004>
- Rancière, J. (2004). *The Politics of Aesthetics: The Distribution of the Sensible* (G. Rockhill, Trad.). Continuum
- Smith, J. (2024). The environmental cost of AI: Water consumption in data centers. *The World Magazine*
- Sontag, S. (1966). *Against Interpretation and Other Essays*. Farrar, Straus & Giroux.
- Sudjic, O. (2019). *Ensayo sobre la epidemia de la ansiedad generalizada*. Alpha Decay
- Turkle, S. (2011). *Alone together: Why we expect more from technology and less from each other*. Basic Books.
- Virilio, P. (2006) *Velocidad y Política* (Traducción V. Goldstein). La Marca.
- Winner, L. (1980). Do artifacts have politics? *Daedalus*, 109(1), 121-136.
- Wittgenstein, L. (1953). *Investigaciones filosóficas*. Crítica.
- Zafra, R. (2017). *El entusiasmo: Precariedad y trabajo creativo en la era digital*. Anagrama.
- Zylinska, J. (2023). *Talking to Joanna Zylinska. Artificial intelligence in artistic creation*. Diálogos Umática, 6, 173-190. <https://revistas.uma.es/index.php/umatica/issue/download/1076/612> <https://orcid.org/0009-0002-2829-2327>